

restarles todo interés y color local, y todo fondo de pasión local, sus emociones. Si diversos son los dos caminos, fácil será ver que mientras en el primero de ellos pesa el ascendiente de la revolución, entre los literatos se desconocen aún su trascendencia e influencias. Pero mientras la literatura mexicana es universal a fuerza de impersonal, los pintores lo son a fuerza de mexicanos, ambición y empresa superior y más codiciosa, indudablemente.—MARTÍ CASANOVAS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At54-10EMRL10010>

El espiritualismo de Maragall

JOAN Maragall nace en Barcelona en un ambiente burgués y materializado. El, que sería el verbo puro de espíritu y de la inspiración selecta y aristocrática, en el sentido genuino del concepto, redime la acusación de prosaísmo lanzada sobre una cultura y un modo de ver la vida. Su voz pura y serena se alzó en un ambiente cálido de luchas de vibraciones apasionadas. Nada más original y bello que su actitud, porque Maragall no fué un político, aunque en sus escritos late y resplandece una vehemente inquietud hacia la cosa pública y por los problemas vivos de la nacionalidad, de la raza y de la lengua. Comprendió Maragall, cuya sensibilidad es toda intuición, que así su eficacia se haría más resonante dentro del claustro de la cultura catalana. Mucho trabajaron Prat de la Riba y Cambó por hacerlo aceptar un banco en el Parlamento; Maragall, inflexible y severo, no asumió la responsabilidad legislativa. Así su labor se depuraba, se hacía sumisa a los ideales eternos de la belleza, del arte y de la verdad, y cobraría una eficacia que, con el tiempo, crecería hondamente y perfilaría todo el valor de un símbolo. Maragall, después de muerto, se engrandeció como hombre, como pensador y como poeta inspirado y ferviente (1).

(1) Don Juan Maragall y Gorina nació en Barcelona en la calle de Jaume Giralt, el 10 de Octubre de 1860. Estudió en la Universidad de esa ciudad la carrera de Derecho Civil y Canónico, licenciándose el 27 de Junio de 1884. Publicó su primer libro, titulado *Poesías*, en 1885. Contrajo matrimonio con Doña Clara Noble el 27 de Diciembre de 1890. Comenzó a colaborar en *El Diario de Barcelona* en 1891. Desde 1903 a 1904 ocupó la presidencia del Ateneo de Barcelona y en Mayo de ese año se le proclamó «Maestro en Gay Saber», muriendo en su torre de San Gervasio el 20 de Diciembre de 1911. El Padre Miguel de Esplugues, amigo íntimo de Maragall reproduce sus notas autobiográficas deliciosas y preñadas de sinceridad en el volumen *Semblances*, cuya edición definitiva se publicó en 1916.

Aparecía en un período urgente, de prisa y rapidez, de dinamismo finisecular y de ruidosas pasiones explosivas. La lengua suya se estaba recreando en el sentido literario, porque permanecía viva en el corazón del pueblo, ese gran guardián y tesorero de la tradición, en cuya fidelidad reside la confianza de las literaturas y la sal que preserva de la descomposición a la poesía humana.

Puede afirmarse—sin exageración—que Maragall es el poeta cívico por excelencia y el verdadero estimulador de la llama creadora dentro de la literatura catalana moderna. Su alma selecta no quedó cerrada a las inspiraciones nobles y generosas, a los latidos sencillos y puros del alma nacional.

Mucho se ha espigado y discutido sobre el sentido de lo que denominaríamos el «intuicionismo» estético de Maragall; pero, por sobre toda remoción estética, se encuentra el definitivo alcance de su obra. Es ella un repertorio de pureza, de inspiración y de sentido clásico, esto es eterno y humano. Dió un ritmo moderno al idioma, sin caer en la depuración exagerada. Maragall era poeta por absoluta y definitiva comunión espiritual. Nació como tal. En su acepción originaria el poeta es quien crea de la nada, como la Divinidad. En ese sentido alto y firme, Maragall supera todo lo que conocemos de la literatura catalana y será siempre uno de los pilares más hermosos de la restauración o renacimiento actual de su lengua.

Al decir que el poeta crea de la nada, no queremos sostener que los elementos con que se crea sean dignos de menosprecio. La inspiración es de soplo divino y nadie sino la Divinidad puede darle su origen; pero también el poeta es un hacedor o sea, un compositor. La palabra rítmica que anima el concepto y le infunde gracia tuvo en Maragall a un severo artífice. Su gran concepción originaria no admitió por lo general refacciones; pero en lo secundario, en lo parcial, en los detalles animadores y gráficos, supo imprimir una delicada y fina belleza a sus sueños literarios grandiosos.

Como anota Miguel de los Santos Oliver, la palabra es para él el punto de confluencia de lo espiritual y de lo material, de lo contingente y de lo absoluto (1). Por eso dice:

Oh! quina cosa més sagrada! Diu Sant Joan: En el principi era la Paraula y la Paraula estava en Deu; y afegeix que per ella foren fetes las coses; y que la Paraula 's feu carn y habitá en nosaltres. . . Ab quin sant temor, donchs, no hauríem de parlar! Haventhi en la paraula tot el misteri y tota la llum del món, hauríem de parlar com encantats, con enlluernats.

(1) Miguel S. Oliver: *En Maragall y la seva obra de publicista*.

Este encantamiento lo tuvo siempre Maragall y toda su obra es un delicioso comentario a semejante teoría estética.

La voz de Maragall se elevó cálida y profunda como la vida. Significaba una renovación y una actitud inquieta en una sociedad que se agitaba en medio de una general incoherencia, de un gran ímpetu, que por ende ocasionaba cierto desequilibrio creador. Su movilidad no le resta serenidad y lo dejará siempre como un paradigma de altísima e imparcial nobleza de espíritu. La actitud de Maragall más que catalana, era ibérica; pero más que ibérica era universal. En este sentido se da la mano con otros grandes líricos y creadores. Nadie lo iguala dentro de la literatura catalana en el sentido universal y cósmico que dimana de su obra. Para hallarle un paralelo habría que remontarse al siglo XIII, al Doctor Iluminado, Ramón Lull. Y como éste, es otro iluminado; pero de las formas plásticas, de la palabra animada y generosa, del ritmo bello de la vida y de la creación pura.

En Maragall—dice Manuel de Montoliú—es el nostre poeta *dionisiac*. Es el poeta inquiet: inquiet en el concebir, inquiet en el executar.

Supo muy bien unir las condiciones sustantivas y primordiales de la obra poética, o sea dar al verbo su valor puro de creación. En muchos vates domina lo secundario, lo accesorio o simplemente musical. La palabra vale por su ritmo y música, por la acariciante melodía que deja y no por «su valor total». En Maragall se unió lo fundamental a lo accesorio del arte. La palabra estaba animada de un valor místico y superior como en los viejos doctores de la Iglesia. Este místico de la palabra le imprimió un valor nuevo, casi redentor. En su concepto delicado e intuitivo como otras grandes sorpresas del arte humano, lo accesorio y lindo, por decirlo así, no valía nada ante el germen de la inspiración interior. El resultado, empero, fué tan eficaz o más que en la obra de los simples amantes del ritmo y la música. Hoy leemos sus bellos poemas y admiramos el, ellos una alianza discreta y airosa de lo sustantivo y primordiano con lo secundario y decorativo. Sin llegar a extremos de pulimento su forma resplandece de inspiración legítima. Para un espectador extranjero, que no conoce a fondo los pequeños resortes y discordias de toda literatura nacional, maravilla en Maragall su sentido actual, su modernidad, su arraigada supervivencia en el corazón y en la mente del pueblo catalán. Creemos que Maragall, en su época, se adelantó en sensibilidad y gusto a cuanto existía en la Península Ibérica. Por esta causa estimamos que mereció la admiración de Unamuno y logró el

dictado de primer poeta de España. Su caso se redobla en interés por haber surgido como el verbo de una burguesía industrial. En el seno de estas sociedades ricas y blandas suelen nacer los verdaderos revolucionarios y los reformadores de los conceptos e ideas literarias y políticas. Estaba destinado a iluminar con destellos decisivos el limbo de esa mesocracia que caracteriza a las prosperidades fabriles, y a dejar su firme huella de león adherida a un resurgimiento relativamente pobre en valores sustantivos del intelecto. Anota Montoliú sobre la época de Maragall las siguientes y justas observaciones:

Mancats de veritables classes directores, constituim una societat incompleta, inorganitzada, incipient, en la qual la grandesa de les aspiracions contrasta vivament amb l'indecisió manifesta de llur realització. Tot es interí i atormentat, desde la nostra organització social en sos diferents aspectes fins a la organització i embelliment de la nostra ciutat. L'incoherencia, la falta d'armonia regnen tant en les construccions de la nostra mentalitat com en els edificis dels nostres carrers. Anem encara a les palpentes. Ningú obeeix cap llei colectiva. Quiscú segueix la seva propia. Ens trobem encara en plena disgregació, en plé període atomístic. Heusaquí perquè els poetes d'aquesta societat no obeeixen tampoc més llei que la llur propia, perquè són incoerents i atormentats, indecisos i barbotejants, com si tinguesin consciencia de l'impossibilitat de trobar l'indispensable serenitat interior i la definitiva forma d'expressió poética en mitg d'una societat que no ha trobat la forma definitiva de la seva organització, ni la completa expressió dels seus ideals (1).

En tan difíciles circunstancias nos parece que el mérito primordial del poeta fué su certera intuición, guía justo de su curvatura intelectual. Maragall creía en el pueblo virgen y en la lengua un poco caótica y confusa de su patria. La literatura catalana luchaba bravamente por recuperar su antiguo prestigio y por tornar al sitio envidiable que tuvo en la Edad Media. El léxico era algo bárbaro; pero el pueblo conservaba el instinto sublime del idioma, esa llama sagrada que, al pasar a manos de artífice, logra la expresión justa y adecuada.

Maragall también comprendió que cuando una lengua no alcanza el grado sumo de cristalización literaria, a la manera del francés actual, el poeta genuino tiene un ancho campo donde espigar y escoger brazadas puras de lirismo. En ese sentido su valor es insuperado. Creemos que Maragall creó su propio lenguaje literario y escogió un instante adecuado de la curva evolutiva del catalán, para ceñir el pensamiento en adecuada veste de emoción. De ahí que Maragall hiciera tanto revuelo con sus teorías sobre la palabra viva y otros tópicos de estética. Como todo gran poeta dionisiaco y creador, él no necesitaba ceñirse a cánones estrictos ni a disputas estériles de gramáticos.

(1) Manuel de Montoliú, *Estudis de Literatura Catalana*, pág. 116.

Así surgió su verbo cálido, vivo, borboteante de sensibilidad humana y de expresiva delicadeza.

Deixaba la seva poesia en el moment de la cristallització interna—dice Joan Estelrich con gran tino—sense el treball definitiu del poliment.

Sus expresiones se transformaban en virtud de su cálida fuerza íntima y asumían un valor apostólico. Las imágenes surgían nítidas y vivientes como las monedas de oro recién salidas del cuño. Su credo estético de que no hay distinción entre el fondo y la forma, de que la poesía sólo es forma, sólo es ritmo, de que el concepto es expresado por el ritmo creador y que en éste radica el signo misterioso y divino del poema, se confirma en su selecta obra, cuyo análisis en el campo de la sensibilidad es la mejor respuesta a los partidarios de la lógica estricta.

Como todo gran creador de vida intelectual tuvo algo de neólogo y de purista a la vez. En sus poemas, el ritmo animador penetra las cosas, remueve las profundidades caóticas y las anima con un soplo fresco de animación, de poesía libre y fecunda. En *La vaca ciega* y *El canto espiritual*, por ejemplo, vibra toda la cuerda emocional de la poesía pura. La imagen nítida, la expresión tersa, sin misterio, como anotó Montoliú, no es lo que caracteriza a Maragall. Su palabra, su verbo es fecundo en resonancias interiores e íntimas, en un sentido racial, pujante, y en riquezas verdaderamente prodigiosas de intuición.

El cosmos, la vida, el universo toman un sentido esotérico y grande. La naturaleza (v. gr.: *La vaca ciega*) participa en ese rito misterioso del arte y todo cobra su participación mística en el gran cuadro. Por esto se ha tachado de panteísta a Maragall y no ha faltado tampoco en su contra la acusación de no ortodoxia. Pero, por encima de distingos minuciosos, será siempre el autor de los *Elogios* un gran poeta cristiano. En toda la obra de Maragall hay una simpleza y humildad ejemplar. No se percibe sino rara vez el «tono» literario ni mucho menos al maestro o al dogmático, que dañan a otros renovadores de la lírica. Maragall tomó sobre sí una responsabilidad de magisterio moral, que dignifica su vida y la deja como un ejemplar laborioso de altura anímica. En su obra da el nivel general un fuerte sentido humano, exagerado a veces, una falta absoluta de mensura académica y la fuerza libre del genio poético. Las cosas se endulzan al contacto de su musa y las imágenes participan de su alegría pánica, de su sensibilidad desbordada por extraños cauces de belleza. Era plástico y hondo, libre y contenido a la vez. De ahí que un análisis matemático, estricto

de sus poemas resultaría algo ridículo. El genio tiene sus derechos y también tiene sus misterios que hay que respetar. La exuberancia espiritual de Maragall y su delicado idealismo siempre lo colocarán muy alto en las letras de Cataluña, sobre todo por la universalidad y emoción de su acento. Místico del lenguaje supo ver en el idioma popular «el pur esperit del verb creador, la transformació infinita de la terra en cel, que es el secret més profund del veritable progrés de la humanitat».

Grande hasta la incoherencia, que le dió sus adivinaciones fulgurantes y sus caídas líricas, representa el verbo poético de la Cataluña restaurada en lo político y en lo literario. Nació a la vida cuando la reacción intelectual iba paralela a una profunda restauración económica. Sirvió siempre como un maestro de solidaridad y su pluma estuvo puesta al lado de los más nobles ideales. Miremos en Maragall siempre a un caso típico del don de universalismo que aparece en las literaturas como un signo óptimo de su prosperidad. Después de él, artífice soberano de la expresión sensible, la lengua marchó a su esplendor y recibe cien influencias plásticas. Sin su obra y sin su ejemplo, la literatura catalana quizá no habría asumido tanta importancia fuera de Cataluña. Maragall hizo por un ejército para difundir el conocimiento de esta esforzada nación. Su lengua, que como dijo Rubió i Lluch, no ha sido forjada por puro capricho, por espíritu de rebelión, en una alucinación de falsa retórica, adquiere bajo su instrumento poético una fuerza universal casi insuperada en su época.

Maragall sacó sus acentos más hondos de la propia humanidad. Esta, en correspondencia, supo devolverle esa calidad poética y ese acento de los raros vates inspirados, que da el derecho a una lengua y a una literatura a tomar sitio en el concierto de la universalidad (1).—RICARDO A. LATCHAM.

/// José Eustasio Rivera

JOSE Eustasio Rivera me llamó al teléfono el último Sábado de Noviembre, para darme la noticia de que algunos ejemplares de la quinta edición de *La Vorágine* acababan de salir de la imprenta. Con aquel entusiasmo juvenil y aquella chispeante alegría que lo caracterizaban, me dijo

(1) Para conocer a Maragall existen cuatro obras excelentes: las *Semblances* del Padre Miguel de Esplugues; y los estudios citados de Joan Estelrich, de Manuel de Montoliú y de Miguel de los Santos Oliver. Acabamos de recibir, además, el primer tomo de las *Obras completas suyas* con una genial introducción de José María Capdevila.